

la acción política vale también para el pasaje de los modelos interpretativos a los objetos sometidos a la interpretación. Y lo mismo que lo real es sólo movilizable en parte por los principios, los objetos a interpretar (los *interpretanda*, como los denomino) son sólo parcialmente elucidables por los procedimientos interpretativos. La interpretación y la comprensión no deben proponerse la absorción de su objeto. Al contrario, ponen a prueba su resistencia. Deben, llegado el caso, reconocer un resto, un residuo, que el discurso interpretativo no ha podido alcanzar ni esclarecer. Es, sin duda, la tarea de la moderna hermenéutica, después de haber puesto a trabajar los útiles interpretativos disponibles, interrogarse sobre lo que ha permanecido ininterpretado, y, sin querer necesariamente forzar el acceso, tomarlo en consideración en una reflexión que habrá renunciado a todo orgullo y a toda pretensión de saber más. Usted ve que denomino hermenéutica no al acto interpretativo en sí, sino a la reflexión y al proyecto que, habiendo puesto en juego toda suerte de actos interpretativos, perciben sus límites. La hermenéutica es lo que toma en cuenta lo interpretable y su resto. Se enfrenta a la opacidad, sin complacerse en ella pero desconfiando siempre de una forzada transparencia. Acepta que el resto tenga un sentido en tanto resto y no en la inminencia de una reducción a un sistema interpretativo que hubiera perfeccionado sus capacidades de inclusión. Es una opción antitotalitaria. Los totalitarismos políticos se suelen aliar a los totalitarismos interpretativos.

JB: *Se le ha visto practicar análisis literarios muy técnicos y, en el otro extremo, hacer historia de las ideas...*

JS: ¿Por qué estos dos términos serían incompatibles? Ciertamente, es difícil conjugarlos en un mismo trabajo. Pero esto no es ni debería ser imposible. El análisis que usted impulsa se queda atrapado en las redes sincrónicas del texto, pero ello no impide considerar los problemas históricos, diacrónicos. La dificultad es de orden técnico. Cuando se concede toda la atención a la lectura de una página, aunque sea a título preliminar, quedará poco tiempo para pasar a un desarrollo histórico, y viceversa. Tengo la esperanza de escribir una obra en que unos análisis textuales muy minuciosos alternen con capítulos de historia semántica, con itinerarios y cuadros de historia de las ideas. Estoy persuadido de que lo percibido en las redes de la sintaxis, el léxico, el ritmo, la prosodia, la fonética, etc., constituye una forma del pensamiento. Se halla en dichas redes algo para entender mejor las unidades situadas a otros niveles: doctrinas explícitas, sentimientos desarrollados, etc. En Rousseau, me pareció posible mostrar que existía una relación de homología entre el ritmo ternario que marcaban ciertas frases y una visión de la historia (provocación-respuesta-consecuencia no dominada). En Diderot, el empleo del quiasmo como «figura de palabras»

contraseña un pensamiento de la inversión. Estas relaciones me parecen tanto más importantes cuanto resultan lo único que puede quedar, con nuestra colaboración activa, de lo que se creía ingenuamente atrapar como la «verdad» de un texto, el sentimiento «auténtico» de un escritor. Cuando se renuncia a una esencia ilusoria a cambio de una relación constatable, nada se pierde en el cambio. Ocurre lo mismo en cuanto a la historia. Sólo hay sentido en la historia si, una vez reunida la mayor cantidad posible de evidencias documentales, nos ocupamos de narrarla. Para ello, hay que establecer unas figuras de cambio, estableciendo también relaciones diferenciales entre relevos y emblemas sucesivos, sin perder de vista que podría contarse otra historia, mediante otros relevos y otros emblemas. Esta posibilidad de otra historia no quiere decir que no hay verdad en la historia, sino que la verdad se sitúa en la relación entre las diversas historias posibles, siempre que el respeto de los conjuntos documentales sea irreprochable.

*JB: ¿Cómo acuerda usted su interés por la medicina y su gusto por la literatura? ¿Por qué este singular matrimonio de ambas disciplinas?*

*JS:* Permítame, a tal respecto, hacer algunas precisiones biográficas. Primero obtuve en la universidad de Ginebra mi licenciatura en letras. Luego emprendí estudios de medicina, que realicé entre 1942 y 1949, mientras era asistente de literatura francesa junto a Marcel Raymond. Mis años de médico interno y psiquiatra fueron interrumpidos por una temporada en la Universidad John Hopkins, en Baltimore, donde, junto a la enseñanza de la literatura, asistía a las sesiones clínicas de los sábados por la mañana y a los seminarios de historia de la medicina de Temkin y Edelstein. Mis proyectos reunían la historia literaria, la historia del pensamiento médico y los problemas contemplados por la psiquiatría contemporánea. El único denominador común posible era la filosofía, más exactamente la antropología general. A partir de una primera interrogación, dirigida a la máscara y a las actitudes acusatorias dirigidas contra el «mundo enmascarado», análisis literarios y búsquedas guiadas por el saber científico o sobre el lenguaje mismo de la ciencia, podían complementarse. No era un matrimonio forzado. Siempre soñé con una historia de las ideas sin fronteras. Un tema como la melancolía, siguiendo a Panofsky y Saxl, me llevaba necesariamente de la medicina a la historia social, del arte a la teoría literaria, por una serie de relevos desprovistos de cualquier arbitrariedad. Este entretejido, sobre documentos exactamente verificados, me pareció prometedor en descubrimientos, aunque más no fuera por la puesta en contacto de fenómenos conocidos en estado de aislamiento, es decir parcialmente desconocidos.

Pude hacer, entonces, el aprendizaje de las condiciones objetivas del conocimiento científico. Entreví las disciplinas experimentales. Vi que me podía apoyar en sus resultados, siempre que se los considerase provisionales.

Aprendí la resistencia tenaz que los hechos oponen a nuestras construcciones teóricas, y sé por medio de qué astucias se puede conseguir su concordancia. Mi aprendizaje de psiquiatra me hizo constatar aquello que era accesible, biológicamente, del ser humano y lo que, por el contrario, en sus actos de relación, no se deja reducir a un sistema de objetos naturales.

Precisaré un punto que, sin duda por mi culpa, ha quedado borroso en la imagen que se hace de mí. Es en los prolongamientos y laterales de mi trabajo clínico de psiquiatra donde tomé conocimiento del psicoanálisis, por lecturas, reuniones de trabajo, estudio de casos, etc. Pero no soy psicoanalista, nunca hice análisis didáctico, ni jamás sometí a mis pacientes a una psicoterapia freudiana. En lo sucesivo, la cuestión «práctica» no se plantea, ya que abandoné la medicina en 1958. Parece inútil decirle que siento horror por el *bricolage psy*, totalmente irresponsable, que podría reemplazarse por juegos de sociedad más abiertamente mortíferos.

*JB: Usted ha mencionado diversos proyectos. ¿Van en el mismo sentido que sus publicaciones precedentes? ¿Renovará Starobinski la imagen que sus lectores se han hecho de él?*

*JS: En gran medida, se trata de proseguir los diálogos ya comprometidos. Con Diderot, con Rousseau, con ciertos intérpretes de Rousseau, incluido Paul de Man, presente más allá de su muerte. He editado y comentado, para la Pléiade, el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. La serie de los estudios sobre la melancolía, a partir de mi tesis de medicina, espera ser completada, revisada, organizada, en vista de uno o dos volúmenes que son más que misceláneas. Lo nuevo del caso será la reunión y puesta a punto de unos textos publicados en el curso de los años en diversos lugares, de los que los bibliógrafos no tienen información. ¿Adoptaré otros métodos para otros temas? No pretendo cambiarme. En cuanto a los temas, son de una multiplicidad vertiginosa, si los considero simultáneamente. El vértigo responde tanto a sus parecidos como a sus diferencias. La sola consideración de las sensaciones corporales, de Safo a Samuel Beckett, da para mucho. Las «órdenes del día» por su parte, no proponen un breve programa. El día y el cuerpo no dejan de ser afines. Valéry los consideraba conjuntamente como «dos grandes potencias».*

**Jacques Bonnet**

*Traducción: Blas Matamoro*

